

Osman se asomó por la borda y escupió al mar grisáceo antes de darse media vuelta para vociferar las órdenes a su primer oficial, Yusuf. El GPS había muerto a las dos semanas de internarse en el mar y en medio de la niebla tendríamos suerte si no impactábamos contra el borde de Manhattan a toda velocidad. Sin luces en la bahía con las que guiarse y con la radio enmudecida, sólo podía confiar en los cálculos estimados y en la intuición. Me dirigió una mirada desesperada.

—*Naga amus*, Dekalb —«cállate», dijo en somalí a pesar de que yo no había dicho ni una palabra.

Fue corriendo de un extremo de la cubierta al otro, apartando a las chicas de su camino. Apenas podía verlo a través de la neblina cuando llegó a la barandilla de estribor, a sus pies se formaron unas espirales de vapor que salpicaban la madera y el cristal de la cubierta de proa con diminutas gotas de rocío. Las chicas parloteaban y gritaban como siempre, pero en la claustrofóbica niebla sonaban como aves carroñeras peleándose por unos succulentos despojos.

Yusuf gritó algo desde el timón, algo que era evidente que Osman no quería oír.

—*Hooyaa da was!* —le contestó el capitán. Después gritó—: ¡Un cuarto! ¡Reduzca un cuarto! —Tuvo que haber notado algo en la oscuridad.

Por algún motivo, entonces me volví para mirar adelante, a babor. Por allí lo único que había eran tres chicas. Con sus uniformes, parecían un

grupo de muchachas a las que les había ido verdaderamente mal. Pañuelos grises en la cabeza, chaquetas azul marino, faldas tableadas, botas militares. Los AK-47 colgados del hombro. Dieciséis años y armadas hasta los dientes, el Glorioso Ejército Femenino de la República de Mujeres Libres de Somaliland. Una de las chicas levantó un brazo y señaló algo. Miró hacia atrás, a mí, en busca de aprobación, pero yo no veía nada ahí fuera. Entonces lo vi y asentí dándole el visto bueno. Una mano en las alturas, por encima del mar. Una enorme mano verde e hinchada sujetando una antorcha gigante, el dorado de la punta difuminado en la niebla.

—¿Eso es Nueva York, verdad, señor Dekalb? Ésa es la famosa Estatua de la Libertad. —Ayaan no me miró a los ojos, pero tampoco estaba observando la estatua. Era la que más inglés hablaba de todas y se había convertido en mi intérprete durante el viaje, pero no teníamos confianza. Ayaan no tenía confianza con nadie, a menos que se tuviera en cuenta su arma. Supuestamente, era una tiradora excepcional con el AK-47 y una asesina despiadada. Aun así, no podía evitar que me recordara a mi hija Sarah y a los maníacos con los que la había dejado en Mogadiscio. Al menos Sarah sólo tendría que preocuparse por los peligros humanos. Mama Halima, la líder militar de la RMLS, me había garantizado personalmente que estaría a salvo de los peligros sobrenaturales. Ayaan ignoró mi mirada—. Nos enseñaron la fotografía de la estatua en la madraza.* Nos hicieron escupir sobre la foto.

Hice todo lo que pude para ignorarla y observé cómo se materializaba la estatua entre la niebla. Lady Libertad tenía buen aspecto, casi idéntica a como la había dejado cinco años atrás, la última vez que estuve en Nueva York. Mucho antes de que la Epidemia comenzara. Supongo que esperaba ver algo, algún signo de daño o deterioro, pero ya se había puesto verde de cardenillo mucho antes de que yo naciera. En la distancia, y a través de la niebla, se veía el pedestal, la base en forma de estrella de la estatua. Era tan real que parecía mentira, perfecta e impoluta como en una alucinación. En África había presenciado tantos horrores que creo que había olvidado que Occidente puede ser así, con su destello de normalidad y bienestar.

—*Fii!* —gritó una de las chicas apoyadas en la borda. Ayaan y yo avanzamos y escudriñamos la neblina. Ya distinguíamos la mayor parte de Li-

* Escuela musulmana de estudios superiores. (*N. de la t.*)

berty Island y la sombra de Ellis Island detrás. Las chicas, inquietas, señalaban la pasarela que rodeaba la isla, a la gente que había allí. Ropa norteamericana, pelo norteamericano expuesto a los elementos. Tal vez turistas. Tal vez no.

—¡Osman! —grité—. Osman, nos estamos acercando demasiado. —Pero el capitán me mandó callar otra vez. Veía cientos de ellos en la isla, cientos de personas. Nos saludaban con la mano, agitando los brazos rígidamente, como en una película muda. Se abalanzaron sobre la barandilla, acercándose a nosotros. Cuando el pesquero se balanceó, aproximándose, los vi empujándose unos a otros, desesperados por tocarnos, por subir a bordo.

Pensé que tal vez, tal vez estaban en lo cierto, quizá habían corrido a Liberty Island en busca de refugio y estar a salvo y estaban esperándonos, esperando su rescate, pero entonces los olí y lo supe. Supe que no estaba en lo cierto. «Dadme vuestra agotada, exigua y maldita basura —repetía mi cerebro una y otra vez, como un mantra. Mi cerebro no se detenía—. Dadme vuestra masa apiñada». Una masa apiñada que anhela respirar.

—¡Osman! ¡Da media vuelta!

Uno de ellos subió por la borda, quizá empujado por la multitud que presionaba a su espalda. Una mujer con una gabardina roja que llevaba el pelo enmarañado a un lado de la cabeza. Intentaba desesperadamente llegar hasta el pesquero nadando a lo perro, alzando una mano cianótica, tratando de cogernos. Nos quería con tanta ansiedad... Quería alcanzarnos, tocarnos.

«Dadme vuestra exhausta, tan absolutamente agotada...» No podía soportarlo, no sé que pensé que conseguiría viniendo aquí. No podía mirar otro más. Otra persona muerta tratando de clavarme las uñas en la cara.

Una de las chicas abrió fuego con su rifle, una explosión controlada, tres disparos. Tuc tuc tuc, cortando el agua gris. Tuc tuc tuc y las balas atravesaron la gabardina roja, abrieron la garganta de la mujer. Tuc tuc tuc y su cabeza estalló como un melón, y se hundió, deslizándose bajo la superficie del agua sin un chapoteo ni una burbuja, y aun así, apretados contra la barandilla de Liberty Island, cientos más alargaban los brazos para alcanzarnos. Estiraban sus manos esqueléticas y suplicantes para atraparnos, para hacerse con lo que era suyo.

«Vuestra masa apiñada. Dadme vuestra muerte», pensé. El barco se escoró a un lado con fuerza cuando Osman finalmente logró virar, rozando el

borde de Liberty Island y evitando que chocáramos contra las rocas. «Dadme vuestra maldita muerte, vuestra reptante masa deseosa de devora. Dadme». Eso era lo que estaban pensando ellos, ¿verdad? Los muertos vivientes que estaban allí, en la isla. Si quedaba algún destello de lucidez en sus cerebros, si sus neuronas eran capaces de albergar algún pensamiento era ése: «Dame. Dame. Dame tu vida, tu calor, tu carne. Dame.»